

K no estaba tranquilo, oía a sus padres discutir a través de las delgadas y enfermizas paredes de su cuarto. El techo, castigado de humedad supuraba sordamente. El ambiente era desagradable y K se ahogaba, pero prefería no salir de allí. Hacía tiempo que no hablaba con sus padres y sospechaba que a ellos no les importaba demasiado. El sólo pensar que se encontraba tan cerca de ellos le ponía de mal humor. Era como si pudiese olerlos y eso cada vez y con más frecuencia durante los últimos días, le producía náuseas. Sin embargo no pensaba en moverse de ahí y menos ahora. No podía vivir sólo; no lo aguantaría. K tenía tanto miedo. Estaba formidablemente asustado y llevaba días intentando comprender lo que estaba sucediendo sin ningún éxito. Ya se había dado cuenta de que la situación le desbordaba por completo. Sólo se encontraba seguro en su apestoso cuartucho mal ventilado, desordenado y sucio. No tenía ningún interés en limpiarlo, de hecho llevaba días esmerándose más bien poco en él mismo, su vestimenta y la higiene persona estaban completamente abandonadas. Y este abandono lo utilizaba como protección. Todo podía esperar, todo estaba sometido a una espera desasosegante. K se dedicaba por el momento a vigilar. La pequeña ventana de su cuarto comunicaba con el patio interior increíblemente pequeño y desangelado. Negro de enfermedad y olvidado por el tiempo, quedaba profanado por pequeños boquetes de las viviendas vecinas y anónimas. O por lo menos, según pensaba K ahora, anónimas hasta hace bien poco, hasta que encontró a la siniestra mujer vestida de negro en las escaleras. K suponía que vivía arriba pero tampoco estaba seguro al respecto y se dedicaba a mirar ansioso por la ventana por si la encontraba asomada observándole, vigilando todos sus movimientos.

Cuando se encontró con ella por primera vez le costó reaccionar por la impresión que se llevó al verla. Bajaba rápidamente por las escaleras para ir al trabajo. No alcanzaba a recordar si bajaba tan rápido por costumbre o por huir desesperadamente de

la rutinaria discusión familiar. El caso es que tan veloz como iba se chocó de lleno con una anciana chupada y fea. De una cara tan pálida que rozaba lo enfermizo y de ojos negros y malignos que olía a una desagradable mezcla de sudor, humedad y orina. O quizás fuese a decrepitud simplemente, pero el olor tan penetrante no se lo había podido quitar K desde entonces. Estaba en su ropa, en su cara, impregnaba todo su ser. Cuando se lavaba era aún peor, ni el desodorante ni la colonia podían ocultar su presencia. Ese olor le ponía enfermo, le desagradaba hasta tal punto que le provocaba auténticas arcadas y terribles dolores de cabeza. Todo le olía a la vieja. Al final el único medio que encontró para enmascarar ese hedor fue el abandono y el propio sudor. Ahora nunca ventilaba la habitación, de otro modo el nauseabundo perfume que destilaba su piel podría volver a aparecer y no estaba seguro de poder aguantarlo de nuevo.

Oía gritar a su madre otra vez y pensó K en lo mucho que odiaba a la gente de aquella casa, incluso se dio cuenta con no poca sorpresa de que puede que siempre los hubiese odiado y que ese sentimiento estuviese oculto, latente y enmascarado, como el terrible hedor de aquella maldita bruja.

En el momento en que chocó con ella retrocedió paralizado y ni siquiera fue capaz de articular una disculpa de lo asustado que estaba.

La anciana se revolvió malhumorada y prosiguió su ascenso con la cabeza baja, hasta que pasó junto a K. En ese momento carraspeó violenta y exageradamente, echando la cabeza hacia atrás mientras abría la boca desagradablemente y gesticulaba sacando la lengua como si sufriese un ataque. Pero lo hizo todo con unos movimientos tan mecánicos y violentos, de una forma tan desagradable y bestial, como a impulsos, que paralizaron y aterrorizaron irremisiblemente a K. Mientras la mujer carraspeaba de nuevo, como si se ahogase, giró rápidamente sobre K escupiéndole en la cara a la vez que espetando con una voz crujiente y aguda “Maldito hijo de puta” ¿No preferirías que

siguiese tranquila ahí arriba? ¡No, tenías que llamar mi atención de cualquier manera!” Y siguió subiendo por las desvencijadas escaleras de madera mal iluminadas. K permaneció quieto, helado de pavor, observando hipnotizado a la terrible anciana mientras subía lentamente, fijándose horrorizado en el desagradable hilo de baba que caía por la boca abierta mientras parecía articular palabras sin emitir ningún sonido.

Cuando el negro espectro llegó al rellano se paró, mirando fijamente a K. Al cabo de un minuto de tensa parálisis fue alzando lenta, pausada pero inexorablemente el dedo índice que a K se le antojó como un palo podrido y forrado de gusanos, hinchado y palpitante. Ya en alto señaló a K mientras comenzaba a temblar. Pronto los temblores adquirieron una intensidad asombrosa y fue entonces cuando la bruja puso los ojos en blanco. Fue como una transformación, un cambio radical. Una imagen demoníaca y animal, agitada con una intensidad inhumana y obscena para una anciana de su edad. El bastón en el que se apoyaba comenzó a golpear violentamente el suelo de madera y eso fue más de lo que K. pudo soportar. Huyó hacia la calle con la ponzoñosa saliva de la vieja sobre su cara.

Pero no halló tranquilidad allí tampoco. Angustiado y acelerado como estaba tardó tiempo en percatarse del interés que suscitaba. Sin duda era algo realmente extraño y nuevo para él. Siempre había pasado desapercibido. Nunca antes interesó a otra persona, ni siquiera a sus padres, tan ajetreados como estaban siempre discutiendo. Pero ahora todo el mundo le miraba. Al principio no le dio mucha importancia por suponer que su violenta salida del portal hubiera podido llamar la atención de quienes se encontraban en la calle, pero al final fue inevitable. Observó horrorizado cómo la gente se paraba y cuchicheaban señalando hacia él exageradamente. Algunos incluso reían de forma insana, aunque todos giraban la cabeza sin el más ligero atisbo de discreción o pudor

cuando pasaban a su lado, lanzando reprobadoras miradas repletas de odio. Fue entonces cuando K decidió volver al portal.

No se atrevía a entrar, temía encontrar de nuevo a la anciana y la volvió a recordar temblando y con los ojos en blanco mientras un violento escalofrío recorría su sucia espalda. Pero la insoportable sensación de sentirse vigilado le obligó a adentrarse de nuevo en la penumbra.

Dio sus primeros pasos lentamente, mirando rápido a izquierda y derecha, como si fuese un venado acosado por un certero cazador. Cuando se cercioró de que no estaba ahí subió veloz hasta el primer rellano. Tampoco ahí la encontró. Recordó entonces con sorpresa que ella señaló que vivía arriba, aún cuando K nunca antes había reparado en su presencia o en su detestable olor, si bien no era menos cierto que nunca antes había subido más allá de su propia planta.

Cuando llegó por fin a la puerta de su casa y la abrió, no pudo evitar asomarse al hueco de la escalera para echar un último vistazo. Necesitaba asegurarse antes de entrar y meditar sobre lo que había sucedido.

No vio a nadie en los pisos inferiores ni en la planta baja, en el hueco de las escaleras. Todo estaba en sombras, aún cuando la luz estuviese encendida la vivienda era terriblemente oscura. No percibió ninguna sombra sospechosa.

Pero en ese momento algo le sobresaltó.

Fue un leve golpe en la cabeza, suave y sordo. Y después silencio.

Al principio no se dio cuenta o puede que no quisiese darse cuenta pero lentamente y contra su voluntad se fue abriendo paso en su cabeza la horrible imagen. Supo entonces qué había sido ese golpe y a pesar de sus deseos fue girando lentamente la cabeza hacia el piso de arriba. Ya entonces sabía lo que iba a encontrar, pero no pudo evitar contemplar la escena, del mismo modo que tampoco pudo evitar gritar. Lo que

contempló fue una vez más a la anciana, tumbada sobre el suelo, boca abajo y con la cabeza asomando por entre los barrotes de madera del hueco de la escalera, que estaban agarrados por sus decadentes y nauseabundas manos. Se encontraba justo encima de donde él había estado observando. El golpe que había sentido fue la baba que aquella maldita mujer se esmeraba en lanzarle, con obstinada firmeza y deprimente fijación. Así que de nuevo la vio con los labios apretados y temblando de esfuerzo, mientras un pequeño y viscoso saco de saliva colgaba tembloroso de su boca hacia abajo, directamente hacia la cara de K. Otra vez el golpeteo, pero entonces sobre su cara y de nuevo la ponzoñosa saliva de la bruja sobre K.

Gritó, saboreando la bilis que contenía la saliva y entrando en casa se encerró en la habitación. Desde entonces no salía de ella y habían pasado ya unos cuantos días.

Aunque lo peor acechaba por la noche.

Escuchaba todos los sonidos por si distinguía el terrible carraspeo de la vieja a través de los gritos de sus padres que no paraban nunca. Incluso parecía que no durmiesen jamás. A K se le hinchaba la cabeza, palpitaba y crujía con los platos rotos y los gritos roncós de su padre ¡Ronco de tanto gritar!

Solía asomarse a la ventana por si la veía. Nunca encontró nada que desvelase su presencia aunque sabía que estaba ahí arriba, en algún lugar. Pero K no se atrevía a subir. Un día encontró a una mujer con la ventana abierta, colgando la ropa para secarla, atareada y sin prestar atención a otras cosas hasta que percibió la mirada de K. Dejó entonces de tender e irguiéndose lentamente se quedó rígida mirando hacia él, como paralizada. Los ojos fijos, inmóviles y la cara seria y preocupada. Pensó K que estaba enfadada. Hubo un momento en que giró la cabeza hacia atrás y llamó a alguien. Al poco tiempo apareció un hombre, supuso que se trataba de su esposo. Ambos se quedaron petrificados observando a K, quien se ocultó rápidamente tras la cortina.

Esperó sudando y nervioso cinco interminables minutos. Pasado este tiempo volvió a asomarse temblando de frío y miedo. La pareja aún continuaba ahí, aunque lo más terrible y lo que más asustó y preocupó a K es que en todas las malditas ventanas del patio interior había alguien observándole inquisidoramente.

Bajó K la persiana y comenzó a sollozar de puro terror, golpeando la cabeza hacia atrás contra la pared. Así estuvo una hora hasta que se desmayó. Desde entonces siempre había alguien observando desde el patio y sin decir una palabra. Solo mirando. Cuando K gritaba o increpaba al mudo y tétrico auditorio nadie respondía, al contrario, aparecían más personas en las ventanas.

Necesitaba comprender qué estaba sucediendo, cómo había cambiado todo en tan poco tiempo y quién era esa maldita bruja que le obsesionaba de un modo tan pernicioso. Pero con tantos gritos era incapaz de concentrarse ¿Es que nunca iban a dejar de discutir? Sintió que ya no aguantaba más. Se ahogaba dentro del cuartucho, a oscuras, con la persiana bajada y la atmósfera maloliente. Percibió la podredumbre y el mal en el ambiente y decidió salir de allí. Quería gritar a sus padres, zarandearlos y golpearlos. Quería que guardasen silencio de una maldita vez. Presa de la furia y de una violenta locura abrió la puerta para descargar su ira e incapacidad sobre los perpetuos duelistas. Pero no encontró a nadie.

Era imposible, hasta hace sólo unos segundos había estado oyendo los gritos y golpes violentos. No sabía quién pegaba a quién ni tan poco le importaba, sin embargo ahora le preocupaba que estuviese todo en silencio y a oscuras. Era de noche.

Llamó a su madre. Silencio. Gritó a su padre. ¿Silencio? ¡No! Oyó el crujir de una puerta en la habitación del fondo. Se acercó a ella y la encontró cerrada. Sin pensárselo la abrió repleto de ira con la certeza de que se habían escondido para no hablar con él y entonces se dio cuenta de lo mucho que les odiaba.

Vacío, sólo encontró vacío. En la habitación no había nadie, todo estaba a oscuras y en orden. Parecía que nadie había entrado en aquella estancia durante meses, quizás años. El aire era pesado y ocre, desagradable. Pero estaba seguro de haber oído una puerta en esa habitación ¿Y dónde diablos se habían metido sus padres?

Entonces reparó en el armario ¿Fue quizás la puerta de ese armario la que escuchó antes? K comenzaba a temblar, la ira había desaparecido y en su lugar quedó el terror más depurado. De pronto se arrepintió de haber abandonado su cuarto, pero aún así se decidió a abrir el armario, presa de una insana curiosidad.

Se iba acercando a él lentamente, la cabeza le dolía más que nunca y por un momento pensó que iba a estallar. Su mano ya alcanzaba el pomo del armario. Al tirar de él, el mismo chillido que antes le sobresaltó restalló rompiendo el silencio de la estancia. Y lo que vio le hizo desfallecer. Todo estaba vacío, sin nada de ropa excepto un raquítico vestido negro colgado de la percha. Un vestido que sin duda se parecía a aquella horrible prenda que llevaba la maldita bruja el día que la encontró. ¿Era ese el vestido? ¿Qué hacía ahí? ¿Y la ropa de sus padres? ¿Pero qué estaba sucediendo?

Creó que se iba a volver loco y sin parar de llorar como un niño se dirigió hacia el salón, que estaba junto a su cuarto. “¡No quiero ir ahí!” Se decía, pero una fuerza invisible le llevaba a empujones hacia la estancia. De pronto tomó conciencia de la situación, pensó en que sus padres llevaban mucho tiempo sin estar ahí, aunque no recordaba desde cuándo exactamente. Entonces ¿de quienes eran las voces y los gritos que tantas veces oía? ¿Cómo pudo haber olvidado que vivía sólo? ¿Cómo podía haberse engañado de ese modo? ¿Desde cuándo estaba sólo? Y lo que era aún más angustiante ¿Dónde estaban sus padres? Tenía la sensación de que algo maligno les había sucedido pero no alcanzaba a recordar qué ¿Cómo pudo haberlo olvidado?

Y de pronto llegó hasta el salón, donde encontró a una multitud congregada. Todos estaban de pie, casi no cabían en la estancia. Todos apretados e incómodos, pero también erguidos y esperando a que K llegase.

Era aquella una visión horrible, espectral y desagradable. K comenzó a gritar y a gimotear, arrastrándose por el suelo huía sin fuerzas hacia su cuarto, mientras toda aquella muchedumbre, los anónimos y vigilantes vecinos del patio, iban siguiéndole lentamente, con calma, conscientes de que tenían tiempo de sobra para llegar hasta K, como si se dieran cuenta de que éste ya no podría huir.

Se arrastraba hasta su cuarto mal ventilado sintiendo ya que ni siquiera esa habitación le salvaría de la irremisible locura. Los vecinos se empujaban unos a otros, pero lentamente, todos querían llegar hasta él.

K llegó al cuarto y cerró la puerta.

Siempre llorando pudo notar con horror cómo decenas, puede que centenares de manos rascaban la puerta de madera exigiendo a K su atención. Notaba cómo las uñas desgarraban la pintura de la puerta y la desconchaban. Se tapo los oídos, tenía que dejar de oír ese terrible sonido como fuese. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no olía la habitación como antes, ya no quedaba la atmósfera tan pesada y mal ventilada, ya no olía a sudor. Con horror se percató de que la ventana estaba abierta de par en par y un ligero pero penetrante olor a muerte y orina se iba colando en la estancia. Olía a la vieja. Ya ni su propio olor corporal podría protegerle. Con resignación y dolor giró lentamente la cabeza hasta depositar la mirada sobre su cama deshecha. Y ahí encontró a la vieja, sentada sobre su lecho se había orinado sobre las sábanas y reía demoníacamente mientras parecía mirarle con los ojos en blanco.

K se acercó poco a poco a ella y tendiéndole la mano se entregó definitivamente a la locura.